RESTOS

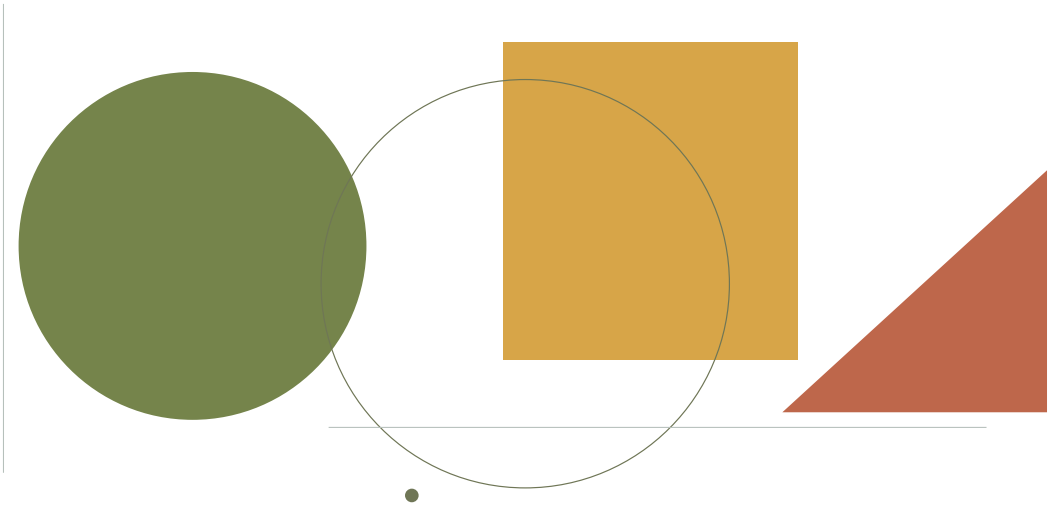
DE LA CULTURA - DE LA BARBARIE

CUADERNOS DE LECTURA / FORMAS DEL MALESTAR

Antinomias de la soledad

ANTINOMIES DE LA SOLITUDE

Didier Anzieu



N.º 36 · Otoño de 1987 · Gallimard

Edición y dirección de la colección: Nicolás Vallejo

Antinomias de la soledad

Antinomies de la solitude
Didier Anzieu

Nouvelle Revue de Psychanalyse, n.º 36 · Gallimard · otoño de 1987 · pp. 123–127

1. Me retiro a mi despacho, como acostumbro y necesito hacerlo para ponerme a escribir. Cierro la puerta que da al vestíbulo para aislarme de los ruidos procedentes de las otras habitaciones y de sus habitantes. Entreabro la ventana hacia una zona aparentemente tranquila del mundo exterior: árboles del bosque, un pequeño patio con el menor tránsito humano posible. Lo mineral o lo vegetal favorecen mi concentración. Toda animalidad la perturba, aunque sea la de una gata familiar. Puedo leer junto a alguien. Puedo pensar contra un interlocutor, con un grupo, sobre un fondo musical. Para emprender un trabajo hipotéticamente creador, para transcribir lo que todavía no sé si es idea o fantasma, necesito estar solo. Físicamente, se entiende, pero psicológicamente en compañía: de los maestros que formaron mi espíritu, de los autores que me inspiran o me justifican, de los pacientes que me interrogan, me inquietan, me satisfacen. Busco la soledad para hablar en mi cabeza con otros acerca de ellos y de mí, esos *happy few* que he elegido o que se han impuesto, pero que casi siempre se mezclan con partes poco conocidas de mí. Al apoderarme de una idea, de una solución, de una palabra nuevas, me expondría demasiado si las revelara a una persona realmente presente. De ahí el recurso prudente a la soledad. En cuanto a publicar, siempre habrá tiempo de verlo. En la soledad, escucho en silencio a los extranjeros que hablan en mí en voz baja. Primera antinomia: me gusta la soledad en la medida en que no me siento solo en ella.

2. Hoy mi retiro es particular: el contenido se une al continente. Me aíslo para reflexionar sobre la soledad. Con la pluma en la mano y el escritorio portátil sobre las rodillas, acecho y busco aquello que, por el rodeo de la verbalización, puede advenirme como pensamiento exacto. Corro el riesgo de hablar de la soledad de manera intelectual. El aislamiento, hecho generalmente pasajero, no es la soledad, estado de ánimo de una negrura constante. Esa soledad existencial, si la he conocido, la he olvidado. Quizá haya escrito mucho, demasiado, para oponerle un dique. Sin embargo, no fue por azar que mi primer texto publicado fuera un comentario de la meditación pascaliana sobre la derelicción de Jesús en el huerto de los Olivos: abandonado por los discípulos y por Dios. ¿Me resistiría a escribir este nuevo artículo por miedo a que fuera el último? ¿Habría escrito tanto para ayudarme a llevar una cruz, mientras difería la llegada a lo alto del calvario? Si, en este momento, me ejercito en tender sobre el abismo un ensamblaje de pobres palabras, es en respuesta a una doble demanda: responder a la solicitud de los responsables de este número de la *Nouvelle Revue*; responder al requerimiento de varios pacientes que dudan de que yo pueda comprender su desamparo extremo sin haberlo experimentado por mi cuenta, dar testimonio de que he recibido, guardado en depósito y elaborado lo más difícil de lo que les toca vivir. Segunda antinomia: para ser comprendida, la soledad debe ser compartida, pero entonces deja de ser soledad.

3. Más que mis pacientes varones, son mis pacientes mujeres quienes se quejan de la soledad. La constatación es en parte sociológica. ¡Las estadísticas muestran que las personas con menos probabilidades de casarse son, entre los hombres, los obreros agrícolas y, entre las mujeres, las tituladas universitarias! Pero ¿qué explicación psicológica se añade a ello? Pienso en Marie, para quien la soledad es tan insoportable que, en esos momentos, apenas logra defenderse de la irrupción de impulsos suicidas. La soledad

intelectual, precisa, le pesa aún más que la soledad sexual, para la cual dispone de paliativos episódicos de fortuna dispar: el placer solitario, los encuentros breves, las respuestas a los anuncios clasificados; incluso ha llegado a preguntarse si no debería experimentar la homosexualidad femenina. A fuerza de encontrarse en casa, al regresar del trabajo, sin nadie con quien hablar, sobre todo a la hora temible en que cae la noche, ha perdido el hábito de comunicarse. Cuando la invitan, permanece apartada, silenciosa, sin saber siquiera compartir sus impresiones sobre lecturas, espectáculos, conciertos. Es preciso que la animen mucho para que lo logre, pero pocas personas muestran tal insistencia; podría escribir sus impresiones, durante algunos años llevó un diario; ahora, ¿para quién y para qué? Cuando vuelve de viaje, nadie va a esperarla al andén. Aparta la mirada de los espejos, que la reducen a un único cara a cara consigo misma. Me describe el horror de la soledad, como otros analizantes el horror del incesto, como algunos pensamientos de Pascal el horror del vacío y de la nada. Tercera antinomia: el sentimiento de soledad empuja, mediante una estrategia de lo peor, al aislamiento voluntario.

4. Precisamente, Marie llama por teléfono. Tolera mal la interrupción de su psicoanálisis durante el verano. Para mantener el sentimiento de continuidad, tan frágil en ella, le he dado mi número de vacaciones. Con esa capacidad de empatía repentina observable en pacientes inseguros de los límites de su Sí-mismo, es su soledad lo que evoca de entrada, la gran tristeza que la acompaña, la necesidad de oír una voz que le hable, de reencontrar una imagen sonora de mí. La invito a precisar qué siente en la soledad. Es, responde, la desecación de la carne, la desecación del corazón, la desecación del espíritu; cuando esa triple desecación está suficientemente avanzada, se acerca la muerte. ¿Ha reencontrado espontáneamente los tres órdenes pascalianos o su conocimiento de mis trabajos de juventud sobre Pascal la ha llevado a servirse de los términos con más probabilidades de ser comprendidos por mí? Pienso fugazmente en la *Subida del monte Carmelo* de Juan de la Cruz, en el triple despojamiento de los sentidos, de la imaginación y de la razón exigido al místico. La ascesis de Marie es negativa; le falta el encuentro con Dios. Al tiempo que me inquieta la deriva religiosa de mis asociaciones, pienso en el rigor de vida, en la nobleza de alma de los señores retirados en la casa jansenista de Port-Royal des Champs; se llamaban «los solitarios»; la paradoja de un grupo de solitarios me divierte de pronto: ¿no sería la metáfora de una sociedad de psicoanalistas? Ya tengo mi cuarta antinomia: sucede que los más solitarios son los más solidarios.

5. Vuelvo al psicoanálisis. ¿Qué responder a Marie, cuyo oído sé atento al auricular, y qué riesgo voy a correr al proponerle lo que alcanzo a comprender? Una vez más, mido la soledad del psicoanalista en el momento de la interpretación. ¿No me he sentido tentado, algunas veces, de murmurar: san Sigmund, o santa Melanie, rogad por nosotros, pobres psicoanalistas necesitados de una palabra justa? Solo hay soledad si no se encuentra a nadie cuando se esperaba encontrar a alguien. Una situación particularmente dolorosa es aquella en que uno se halla en presencia física de una persona psicológicamente ausente. Le recuerdo a Marie sus catastróficos regresos de la escuela cuando era una niña. En el mejor de los casos, aunque era buena alumna, su madre consideraba que sus notas podrían haber sido mejores: mostrar el boletín era una prueba vivida con temor y temblor. Lo peor ocurría cuando la madre la recibía sin una palabra, sin una sonrisa, sin un gesto, oponiéndole —y eso podía durar días— un rostro descontento, cerrado, obstinado, helado. Se alcanzaba el colmo de la desesperación cuando quienes la rodeaban se complacían en repetirle a Marie que era el «vivo retrato» de su madre. En todas mis pacientes aquejadas del mal de la soledad, sean solteras o casadas y madres de familia, constato, en el origen, la prevalencia de la imago no

tanto de la madre mala como de la madre fría, distante, rechazante, impasible ante los sentimientos, las expectativas y la necesidad infantil de manifestaciones de apego: más que la madre muerta identificada por André Green, la muerte hecha madre, la madre de la que emana no la vida, sino el aniquilamiento. No haber sabido conmover a esa madre remitía a Marie al sentimiento de que ella misma no valía nada: encontrarse sola era a la vez la consecuencia, la prueba y el castigo de su nulidad. Quinta antinomia: la madre suficientemente buena deja que su hijo haga la experiencia de estar solo junto a ella, lo que constituye una de las antinomias del narcisismo de vida. La antinomia inversa corresponde al narcisismo de muerte: la soledad es insoportable y desestructurante si reaviva el recuerdo de haber tenido que coexistir con un objeto primordial indiferente.

6. Marie recibe mal la relación que establezco entre aquellas antiguas escenas traumáticas acumulativas y su estado actual. Su soledad es un dato real, no imaginario: mis palabras no cambian nada. ¿Para qué luchar por vivir, puesto que siempre ha sido impotente para modificar la actitud de su madre? Sí, continúa, su madre era indiferente; de ello se sigue que a Marie le es indiferente vivir o morir. Puesto que se parece tanto a su madre, solo puede, añade, identificarse con la muerte que esta lleva en el rostro. Le pregunto a Marie si sabe por qué su madre le presentaba semejante semblante. Era a toda la familia a la que la madre dejaba de hablar interminablemente, cada vez que una palabra o una acción le había disgustado. Era igual de fría con su marido, cuyos gestos afectuosos y, sin duda, sus avances sexuales no soportaba. Sexta antinomia. El sentimiento de soledad parece incomunicable, pero fue comunicado tempranamente al niño por una madre que sufría ese mismo sentimiento.

7. Marie dice sentirse tranquilizada: su impresión de nulidad, su atracción por la muerte no son verdaderamente suyas, sino que han sido inducidas por su madre, a quien puede así devolver lo que le corresponde; por un tiempo se siente liberada. Nuestra conversación telefónica puede terminar. Mi interrogación continúa; me siento demasiado solo para avanzar en mi reflexión; necesito consultar a otros psicoanalistas. Doy con un trabajo de Isidoro Berenstein[1]: «El peor castigo que puede infligirse al ser humano es el aislamiento, y la mayor agresión psíquica consiste en sumirlo en una situación de impotencia, como bien saben quienes hacen uso de los campos de concentración». Y más adelante: «Se trata de acercarse a lo decible, aceptando con dolor que existen productos psíquicos, tales como recuerdos, vivencias y afectos, que no son totalmente decibles y, por consiguiente, un sector donde se instaura la capacidad de estar solo». ¿Qué es lo que Marie no puede decir? Sabe por su madre, que le ha repetido el relato y el reproche, que pasó llorando los ocho primeros días de su existencia. ¿Sabremos alguna vez qué dolor orgánico la afectaba, al que estaba demasiado sola y era demasiado pequeña para hacer frente, sin que la madre comprendiera nada e irritándose por no poder remediarlo, lo que añadía al dolor físico de la recién nacida el sufrimiento psíquico por la falta de respuesta del objeto? ¿Qué repite Marie cuando le reprocha al psicoanalista no comprender su soledad y su sufrimiento? Lo converso con una colega cercana, que me hace notar hasta qué punto cada uno de nosotros se siente solo frente al dolor físico; este agujerea desde dentro el Yo-piel, tanto más vulnerable cuanto que el entorno no proporciona una envoltura psíquica sustitutiva. Conviene trabajar primero en restablecer esa segunda envoltura. En cuanto a los agujeros de la primera piel, en Marie, en mí, en todos, ¿no llegamos allí a los límites de lo cognoscible y de lo compartible? Sin embargo, el psicoanalista, mediante su presencia que sostiene

[1] Congreso internacional de Montreal, 1987. Comunicaciones prepublicadas. *Revue française de Psychanalyse*, 50, 1986, n.º 5, pp. 1474 y 1476.

y acompaña, puede llegar a contener la desesperación consiguiente. Séptima y provisionalmente última antinomia: del dolor nace el sentimiento de soledad; a su vez, la soledad resucita el dolor, a veces físico, siempre moral: el dolor de las enfermedades del cuerpo, el dolor de esas enfermedades del alma que son los sentimientos de nada interior; en una palabra, de lo que Pascal llamaba, en el sentido fuerte que tenía entonces ese término, el tedio, específico de la miseria propia de la condición humana.

DIDIER ANZIEU

INFORMACIÓN EDITORIAL

Edición y dirección de la colección
Nicolás Vallejo. La responsabilidad editorial comprende la preparación, traducción cuando corresponda y composición de esta edición de lectura, y no implica autoría del texto original.

Fuente y alcance
Didier Anzieu, «Antinomies de la solitude», en *Être dans la solitude*, *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n.º 36, otoño de 1987, Gallimard, pp. 123–127. Original francés; PDF aportado por el lector.
Traducción propia íntegra. Se conservan los siete apartados numerados, la nota y la firma del original.

Circulación y uso
Material de circulación educativa, académica y cultural. Edición preparada para su utilización en seminarios, cursos y espacios de formación a cargo de Nicolás Vallejo. Distribución no comercial. Sin fines de lucro. Venta prohibida.

Derechos
Se reconocen los derechos de autores, editoriales y demás titulares. Toda traducción propia se presenta como edición de lectura y no como traducción oficial o autorizada, salvo indicación expresa.

Restos · Cuadernos de lectura · Serie: *Formas del malestar*. Edición y dirección de la colección: Nicolás Vallejo.

CITA BIBLIOGRÁFICA SUGERIDA Anzieu, Didier (2026). «Antinomias de la soledad». Traducción y edición de lectura de *Restos · Cuadernos de lectura*, serie *Formas del malestar*. Edición y dirección de la colección: Nicolás Vallejo. Original: «Antinomies de la solitude», *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, 36, 1987, pp. 123–127, Gallimard.